

UNA CUARESMA EN EL HORIZONTE DE LA MISERICORDIA

La decisión del papa Francisco de convocar a la Iglesia a vivir y celebrar este año la misericordia de Dios viene a sumarse a otras muchas iniciativas y mensajes suyos destinados a provocar en los cristianos la toma de conciencia de la situación de declive permanente a la que parecíamos condenados, y a revitalizar una vida cristiana que infinidad de datos muestran como condenada a languidecer y expuesta a extinguirse.

En realidad, esta situación que lamentamos no ha comenzado ahora, ni es la primera vez que en estos últimos años la Iglesia nos llama a tener presente la misericordia divina. Ya Juan XXIII, con su convocatoria del Concilio, invitó a la Iglesia a emplear «la medicina de la misericordia»; Pablo VI resumió el mensaje conciliar en la parábola del buen samaritano; Juan Pablo II nos recordó en su segunda encíclica que Dios es «rico en misericordia»; y Benedicto XVI, que «Jesucristo es la misericordia divina en persona» y que «encontrarse con Él es encontrarse con la misericordia de Dios».

Vivir un año entero a la luz de la misericordia puede producir en la Iglesia frutos insospechados. El primero, transformar la imagen de Dios y sacar a no pocos creyentes de la rutina con que invocamos su nombre. Porque la misericordia no es un atributo más de

Dios. Es su nombre propio. El que mejor expresa su misteriosa condición divina que consiste en ese abismo de bondad y de amor infinito, volcado hacia la debilidad, la miseria y el pecado de los humanos, siempre dispuesto a sanarlos y perdonarlos. Y basta caer en la cuenta de lo que eso significa para descubrir el mundo, creado por Dios, la historia guiada por su providencia, y al hombre, a la luz nueva que brilla en tantos salmos: «Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!».

Este misterio, insondable para nosotros, se nos ha manifestado en Jesucristo con los rasgos de una vida humana que reacciona al sufrimiento de los hombres con la compasión y el consuelo entrañables; a su connatural debilidad, con la fortaleza de su Espíritu; y a su condición pecadora, con la entrega de la propia vida que destruye para ellos el poder del pecado y de la muerte, abriéndoles el camino a la vida eterna. De Jesús hemos aprendido además los humanos a ser misericordiosos como lo es el Padre celestial; a ver en la práctica de la misericordia el ideal de la perfección a la que estamos llamados; y a llenar nuestra vida y el mundo de esa bienaventuranza que procuran el amor mutuo y la esperanza de que nuestra vida termina en los brazos del Padre misericordioso.

JUAN MARTÍN VELASCO

Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona
☎ 933 022 235 📠 933 184 218
✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

Director de la publicación: Xavier Aymérich

Subscripción anual: 72,00 €
Precio de cada ejemplar: 5,00 €
Imprenta: Agpograf
ISSN 1887-8199 / D.L.: B.18.369-1975
Año XLVII